

GUIDO
CHRISTENSEN

Otra vez



EDIUNS

CULTURA Y SOCIEDAD
CREACIÓN LITERARIA

Christensen, Guido
Otra vez / Guido Christensen. -1ª ed.- Bahía Blanca: Editorial
de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2024.
248 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-655-368-1

1. Cuentos. I. Título.
CDD A860

Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Santiago del Estero 639 - B8000HZK - Bahía Blanca - Tel.: 54-0291-4595173
www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar

Staff

Directora: Rebeca Canclini

Coordinación editorial: Alejandro Banegas

Administración y venta: Sandra Reeb

Diseño: Fabián Luzi

Imprenta: Mario Díaz



**Libro
Universitario
Argentino**

CiN REUN

Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

Imagen de tapa: Guido Christensen

Corrección: Franco Magi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Bahía Blanca, Argentina, noviembre de 2024.

© 2024 Ediuns

A mis amores eternos
A mis queridos amigos
que mejoran mi vida todos los días

Índice

| | |
|-----------------------------------|-----|
| <i>Palabras del autor</i> | 9 |
| Otra vez | 11 |
| Perdoname, Giraudó | 25 |
| ¡No podés! | 33 |
| Felonía..... | 41 |
| Oswaldo..... | 47 |
| Encuentro con el profesor | 61 |
| La caducidad del amor | 67 |
| Agradecimiento | 81 |
| Volver al barrio..... | 89 |
| Un antiguo secreto | 103 |
| El director de hinchadas..... | 115 |
| Cuente conmigo | 129 |
| Un mal que podemos prevenir | 133 |
| Consecuencia | 147 |
| Promesa | 159 |
| Quinto round | 165 |
| No, bien... Yo bien..... | 173 |
| Ochenta y seis veces | 183 |
| La última llamada | 189 |
| La visita | 201 |
| Emilio..... | 211 |
| El último tejo..... | 225 |
| Florecerá la estrelicia | 241 |

Palabras del autor

Amo el cuento, la poesía, la dramaturgia y todo lo que tenga que ver con la palabra. Vaya entonces este texto en su homenaje.

Desde la primera que pronunciamos hasta la última, las palabras pueden producir reflexiones, conmociones, mutaciones.

La historia se escribe con palabras y el futuro se piensa en palabras.

Casi todo comienza por la palabra. Los hechos inolvidables, los olvidables, los desencuentros, las pasiones incontrolables.

La palabra trasciende el imaginario y es inmune al viento, aunque un refrán diga lo contrario.

Hay palabras ensayadas de gente con poder y palabras espontáneas sin intención de convencer.

Descifrando palabras viven los psicólogos, traductores e investigadores.

Con la palabra lucran estafadores, embusteros y atorrantes como también sacerdotes, sanadores y comerciantes. Los que convencen y los convenci-

dos, los obreros y los estudiantes, los empresarios y los cirujas, las princesas y las brujas.

Vaya entonces esta celebración de la palabra, a la que muchos de nosotros debemos nuestro vivir. Y gracias a ella lo podemos decir.

Y también a aquellos que la dieron o recibieron a tiempo.

A los que tuvieron una palabra de aliento y a los que la supieron interpretar.

A los que no hablaron de más e hicieron que cada una de ellas fuera importante e imprescindible.

A los que se mordieron la lengua antes de pronunciar una palabra soez. A los que contaron hasta diez y después... hasta veinte.

Es increíble, cuando comencé a escribir este texto quería decir mucho más, pero tal vez no encontré las palabras adecuadas o simplemente ellas no vinieron a este juego... de palabras.

Guido Christensen

Otra vez

“Otra vez, ella”, reflexiono mientras miro televisión tirado en la cama de un hotel en Bariloche.

La volví a ver después de veintiséis años y mi alma cayó en un abismo sin final. Me faltó el aire y sentí que el corazón se me salía del pecho. Mi incapacidad para sustraerme al flujo de su belleza me hacía sentir molesto. Supe que su presencia seguía dominando mis emociones, como si los años y las vivencias no hubieran servido de nada.

Lo cierto es que me paralicé un instante y ella lo advirtió.

Con los dedos entrelazados detrás de la nuca miro un colorido documental sobre la fauna marina. La pantalla muestra a un buzo, al que le salen miles de burbujas por la boca, explorando las profundidades. El espectáculo es maravilloso. Cientos de peces de tonos increíbles colman mi visión. Por un momento el buzo queda inmóvil ante tanta belleza. Luego continúa.

Mi vida se ha llenado de nuevas experiencias. Tengo cuarenta y ocho años, acabo de separarme y es la primera vez que vivo solo. También es la primera vez que viajo solo y transito unas vacaciones que inventé para tratar de sanar una herida que únicamente cura el tiempo. No la distancia ni los paisajes. Pero soy un incoherente sin remedio.

Pasaron tres días desde que volví a ver a Sofía, con quien salí casi dos años y de quien estuve enamorado, muy enamorado. Nos cruzamos en la sala de desayuno del hotel. Aún me avergüenza recordar mi imagen tiesa, con el platito de medialunas en una mano y una taza de café con leche en la otra. Ella me miró sin sorpresa. Seguramente me había visto cuando entré, medio dormido, al comedor. “Me permite, por favor”, me dijo una señora que pretendía servirse café. “Perdón”, me disculpé y me corrí a un costado. Dejé la taza y el plato en una mesa cualquiera y me acerqué a saludar a Sofía.

Fue un beso en la mejilla tan mínimo y fugaz que debería haber pasado inadvertido. Pero en ese roce volví a sentir su piel, su perfume y su voz susurrada. Un simple “hola” bastó. Mi cabeza devino en un torbellino de recuerdos e imágenes de una época que me parecía de otra vida.

Me gusta ver documentales. Uno no está atado a la trama como ocurre con las películas. Además, se aprende y se adquieren temas de conversación.

Mientras el buzo avanza entre las rocas, el locutor, haciendo gala de una voz grave y solemne, informa que medio millón de especies pueblan los arrecifes. Una mantarraya luce su vientre blanco y se abre camino entre los cardúmenes.

Ella me sonrió como solo sonríen las mujeres bellas, con encanto y seguridad. Llevaba jeans gastados, botas y un suéter beige con un dibujo rupestre al tono, en el pecho. Decir que los años le habían sentado bien sería minimizar la apreciación. Conservaba en su cuerpo el delicado equilibrio que siempre admiré.

— Tanto tiempo... ¿Cómo estás? — le pregunté intentando disimular mi taquicardia.

— Bien. ¿Y vos?

— De vacaciones por unos días.

— Que las disfrutes. Nos vemos — dijo, y siguió eligiendo su desayuno.

Recogí la taza y el plato, y me senté cerca de la salida. Desde allí podía observar casi toda la sala, aunque solo me interesaba ver su mesa y, sobre todo, con quién estaba.

Mientras pienso en eso aparecen en la pantalla moluscos, algas, esponjas, corales, crustáceos. La voz comenta que las anémonas y los grandes corales predominan en aguas tranquilas y poco profundas mientras que las algas se alojan en lugares de corrientes fuertes. Ellas son capaces de resistir el tra-jín del oleaje e incluso absorber parte de su energía.

Sofía llegó a su mesa y se sentó sola. Supuse que su acompañante estaría eligiendo el menú. Miré con recelo a todos los tipos que recorrían la mesa de desayuno americano. Había tres que daban el perfil. Uno se sentó en otro lugar. Quedaban dos candidatos posibles. Mientras los evaluaba, una mujer se acomodó frente a Sofía. ¿Una amiga? ¿Su pareja? ¿La mujer de otra pareja que viajaba con ellos? La mesa era para dos así que por el momento preferí creer que estaban solas.

Recuerdo que vivimos aquella época a toda velocidad, llevándonos el mundo por delante, con aciertos, tropiezos, haciendo equilibrio, pero fuimos felices. Fueron veintidós meses en los que el amor nos brotaba por los poros. Compartíamos gustos, ambiciones, miedos. Éramos entusiastas, apasionados y caminábamos casi sin tocar el suelo. Teníamos un plan magistral para salvar a la humanidad. Cuando uno es joven tiene más esperanzas de que las cosas se reviertan.

Quizás no estábamos preparados para soportar todo aquello que nos pasaba.

Mis depresiones y su gataflorismo no eran compatibles e hicieron que el amor se fuera asfixiando poco a poco. No la culpo ni lo hice entonces. No tenía por qué conformarse con mis despojos. Por mi parte, nunca me acostumbré a la dificultad de entender sus enigmas.

Me llaman la atención los movimientos de las estrellas de mar. El locutor revela que los equinodermos no tienen sangre en los brazos y que cuando se les corta alguno, se regeneran. A su vez, cada fragmento se convierte en una nueva estrella.

Algo le dijo a su amiga. Acercó el torso para hacerlo. Fue algo que a su acompañante le interesó más que un mero comentario gastronómico. Me buscó con la vista y me encontró. Hubo entonces una secuencia de miradas furtivas que avivaron mi ilusión. De a poco se fueron despertando sentimientos en mí que permanecían estancados en algún lugar del alma.

Tal vez alguien con los testículos en el lugar que corresponde se habría acercado a su mesa e intentado entablar una charla. No fue mi caso. El miedo al rechazo y al ridículo fue más fuerte. Me excusé a mí mismo pensando que la volvería a ver en los próximos desayunos. Que habría tiempo y no debía dejarme llevar por la ansiedad.

Peces rojos, amarillos. Anémonas fucsias. El destello azulado de las antenas de las langostas. De repente, partículas doradas se ciernen en el agua y un banco de barracudas colma la pantalla. Cientos, una secuencia interminable. Escurridizas, con sus lomos plateados se agrupan y se dispersan de manera intermitente.

Al día siguiente fui temprano y, café por medio, esperé con la paciencia de un Buda a que Sofía

ingresara a la sala. Cuando sucedió, mis latidos pasaron de bolero a candombe sin intermedio. Tomé el coraje que venía acumulando desde la jornada anterior y me acerqué.

— Buen día, Sofía. ¿Qué andás haciendo en Bariloche? — pregunté y me di cuenta de que era la pregunta más estúpida que una persona podía hacer. ¡Tanto pensar y proyectar para que me saliera eso!

— Vine de vacaciones con una amiga. Hoy hacemos la excursión por el lago Nahuel Huapi, la isla Victoria y el bosque de arrayanes.

— ¡Qué bueno! Abrigate bien. — Otra boludez. Ella sabrá lo que tiene que hacer. No soy su madre.

— Chau, nos vemos — se despidió. La exigüidad de sus palabras me dejó un hueco en el pecho donde cabría un reloj de pared.

Regresé a mi mesa pensando lo que debería haberle dicho y no dije, lo que debería haber hecho y no hice. Me sumí en la autocrítica cruel, en el reproche salvaje e intolerante sobre mi conducta. Es decir, me senté a clavarme puñales sin sentido, deporte que suelo practicar.

Son diversas las formas de los corales, cuenta la voz del documental. Algunos son tan duros como el hormigón, pero a pesar de ello, muchos peces disponen de mandíbulas y picos capaces de roerlos y destruirlos.

Averigüé a qué hora terminaba esa excursión. El conserje me dijo que estimaba que sería alrededor de las dieciocho.

Decidí que, para distraerme, la mejor opción sería recorrer los locales de venta de chocolates. Degusté y comparé distintas marcas, formas y estilos: blancos, negros, amargos, semiamargos, con leche, con frutos secos, rellenos, en ramas, bombones, barritas, hasta que el hígado pidió clemencia. Me dio a entender que él no tenía la culpa de todos mis males y que había otras maneras de hacer tiempo, que se podía tomar té o café.

Con un leve dolor en el fondo de mis ojos volví al hotel a las diecisiete y treinta. Cerca de las diecinueve llegó Sofía con su amiga. Al verme sentado en uno de los sillones del hall noté cierta sorpresa en su mirada. Estoy seguro de que, si hubiera sabido que yo estaba allí, habría preferido entrar por los techos, deslizándose por una escalera de soga desde un helicóptero. Me presentó a su amiga, fueron dos palabras y su compañera siguió camino hacia la habitación con una excusa a la que no presté atención. Sin duda quería dejarnos solos.

De pronto estábamos allí, en un lugar neutral y bello. Yo había provocado esa situación y debía atenerme a las consecuencias. Me encontré frente a su mirada sin escrúpulos con una sola certeza: no saldría ileso de ese trance. Nos separaba un metro

de distancia y nos unían diez kilómetros de momentos vividos. Aunque era consciente de que no había olvidado los desaciertos del pasado.

—No es casualidad, Sofía — admití —. Te estaba esperando. ¿Qué te parece si cenamos o tomamos algo esta noche?

—No, Matías. Prefiero cenar con mi amiga y después ver televisión, leer o dormir. O mirar un cuadro. O buscar manchas en el cielorraso. Lo nuestro ya fue. No es bueno mirar atrás con tanta insistencia — expresó sin atenuantes, sin siquiera imaginar el daño que me causaban sus palabras.

—Quizás todo lo anterior fue una manera de llegar hasta acá... Tal vez solo fueron puntos suspensivos — sugerí.

—No insistas, Matías. No sé lo que me va a pasar, pero sé lo que no me va a volver a pasar — sentenció.

Otra vez la vi alejarse.

Siempre fue clara y directa. Recuerdo que cuando nos peleamos ella me había dicho sin tapujos que yo era intolerable, insufrible, inadaptado, insensato, intransigente y, sobre todo, incapaz de llevar adelante una relación. Es decir que era casi todo lo que comienza con “in” a excepción de inteligente. Sofía enojada era poco menos que un tsunami.

Se fue con la elegancia de una modelo. Aun en su estado más hostil, me resultaba una de las mujeres

más atractivas que había conocido. Me invadió una desazón más propia de un adolescente que de un adulto. Había intentado reflotar un barco hundido en medio de un océano de tiempo, de ausencias, de vidas disímiles. Y aquella remota posibilidad había sido aplastada por una realidad contundente.

Después, siempre después, uno se plantea si hizo bien. Si no hubiera sido preferible mantener una actitud pasiva, ociosa y segura. Una actitud indiferente a todo aquello que había vuelto a sentir.

Después, siempre después, uno se pregunta si no habría sido mejor la cobardía al desencanto y la vergüenza. Pero había optado por intentarlo aun sabiendo que me sometía a un probable adiós definitivo. Consideré que era mejor la angustia de la verdad irrevocable que el amargo resabio de la duda. Y lo había hecho porque sabía que, si no lo intentaba, me iba a arrepentir una y mil veces. “Nada más amado que lo que perdí”, canta Serrat en “Lucía”, pensé para consolarme.

Giré la cabeza y el conserje, que sin duda había estado atento al diálogo, se hizo el distraído anotando algo en un papel.

Ahora el locutor afirma que las anémonas poseen glándulas que inyectan un veneno paralizador que las protege de los depredadores y les permite cazar sus presas. En mis ojos se refleja la pantalla; en mi mente, Sofía.

Aquella noche moría “con sabor a nada”, como el bolero de Palito Ortega. Fui a mi habitación, agarré un libro y bajé al bar para comer un sándwich y tomar un fernet, con la única compañía de Bernardo Ezequiel Koremblit y su *Estética del desencanto*, título que parecía adecuado para esa ocasión. Recorrí sus páginas ya leídas varias veces, tratando de que la resignación se acomodase en alguno de los huecos de mi ser. Luego me fui a tratar de dormir.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, solo vi a su amiga. Me sonrió desde lejos. Supuse que Sofía llegaría más tarde, pero no me quedé para confirmarlo. La esperanza de volver a vivir esa pasión había caído por un barranco en el Camino de los Siete Lagos. Sonreí al recordar el refrán “Donde hubo fuego...”. Las cenizas se habrían volado con el Pampero. Además, ya me había sucedido lo que temía: quedar expuesto ante Sofía y en ridículo ante el resto. Las miradas de compasión del conserje y de las recepcionistas me agujereaban la nuca como un taladro.

La cámara sigue los movimientos de un pez payaso. La piel de esta especie segrega una sustancia que inhibe la descarga del veneno de las anémonas y le permite vivir sumergida entre sus tentáculos a resguardo de cualquier peligro.

Hubiera regresado a mi casa ese mismo día, pero recordé que mi psicóloga siempre me decía

que no debía ser tan impulsivo, que huir no era la solución. Soy incapaz de sobrellevar una situación angustiante sin sentir la necesidad imperiosa de evadirme. También era consciente de que el verdadero problema había sido mi expectativa.

En busca de algo de distracción, decidí programar una jornada diferente. Dejé el auto en la cochera y salí a caminar por Bariloche. Paseé por el centro, visité museos y monumentos, recorrí el sendero del lago y me perdí en algunos caminos. Cada dos o tres horas me detenía a reponer fuerzas o para tomar y comer algo.

Mientras la televisión muestra cómo las tortugas marinas se frotan en los rincones angostos de los arrecifes para quitarse los parásitos de su caparazón, golpean la puerta de mi habitación. Abro un poco y asomo la cabeza. No estoy presentable. Es el conserje que me trae el otro juego de toallas que le pedí.

Al atardecer regresé al hotel en medio de un paisaje bellamente grisáceo. El aire helado se hacía vapor en mi nariz. Era esa hora mágica en que se encienden las farolas de la calle y una niebla espesa difumina los contornos de los edificios. Ese momento en el que uno no duda de que los duendes existen.

Al entrar me recibió un clima confortable, el aroma a café del bar, las risas contenidas de algunos

turistas y la imagen de Sofía sentada en uno de los sillones de la recepción. La saludé levantando apenas la mano y pedí en el mostrador la llave de mi habitación con la intención de desaparecer lo más rápido posible. Ella me hizo señas para que me acercara. Lo hice sin decir una palabra. Estaba bellísima. Y entonces desapareció el entorno: el bar, la gente, el hotel... Bariloche. Todo se redujo a sus ojos y a su voz.

—Me quedé mal —reveló sin siquiera saludarme—. Tal vez fui un poco dura, pero quiero que sepas que hace un tiempo me separé y sufrí mucho. No quiero comenzar una relación ni nada que se le parezca. Tengo un hijo que cuidar. Estoy algo decepcionada de los hombres y me cuesta creerles. Lo nuestro no anduvo ni hay posibilidades de que alguna vez funcione. Estoy bien así y no quiero perder un minuto más de mi tiempo en intentar un nuevo vínculo —afirmó con esa verbosidad inapetible que siempre la caracterizó.

—Hola, Sofía. ¿Me puedo sentar?

—No. Ya te dije todo lo que tenía para decirte —completó con la seguridad que otorgan las verdades demoledoras.

—Entendí —asentí, y giré para ir a mi habitación.

Cada una de sus palabras había sido para mí como un disparo al pecho. Di dos pasos y me volví. Intenté enarbolar un gesto adusto y superado, lo

último que pretendía era su compasión. Le hablé como solo se habla frente a los casos perdidos.

—Pero todo eso que te sucede a vos, Sofía, no podrá evitar que yo recorra las calles de mi alma y busque en mi memoria hasta encontrarte. Y que, en ese pasado, a tu lado, vuelva a ser feliz, muy feliz. Nadie puede quitarme la belleza del recuerdo. Aunque pensándolo mejor, tal vez me estés haciendo un favor. No sería capaz de sobrevivir a la hecatombe de volver a perderte. Chau, Sofía.

Termina el documental de la fauna marina con un informe sobre los caballitos de mar. La voz explica que cuando sube la temperatura del agua, machos y hembras entrelazan sus colas y realizan un baile ceremonial, luego del cual, se aparean.

Afuera hace mucho frío, pero no nieva. Es bueno que haya un restaurante a una cuadra del hotel. Estoy bien. Disfruto el presente, aun cuando no deja de preocuparme la incertidumbre del futuro.

Sofía sale del baño desnuda, empapada y envuelta en un vapor de aroma dulce. Me apresuro a agarrar un toallón y con él, la abrazo.

—Otra vez —le susurro al oído—. Probemos otra vez.